

soberanos (1). Si al menos hubiese tenido ministros capaces, habria podido legar á la historia uno de esos reinados dignos de figurar al lado de los de sus ilustres predecesores. Pero Felipe III, asi como su hijo Felipe IV, confirman la verdad histórica de que si siempre los grandes reyes saben hacer grandes ministros, es raro que los reyes medianos tengan el discernimiento de elegir hombres capaces, ó de concederles, si los hallan, una completa confianza, que sea bastante á atenuar las peligrosas consecuencias de su propia nulidad.

(1) Tenia efectivamente Felipe III un carácter apacible y meticoloso, débil y de bastante limitada capacidad. Habiendo subido al trono en época harto difícil para España, que mas que nunca necesitaba un monarca esperto, político y valiente, al par que prudente y reparador, para restablecer su perdida influencia y vindicar su poderío, tuvo la desgracia de fiar la suerte del pais á favoritos tan ambiciosos como ineptos. Entregado en tanto el monarca á sus prácticas piadosas, únicas á que le permitia dedicarse su habitual indolencia, el pais sufrió todas las desgracias consiguientes al imperio de un valido, sin obtener ventaja alguna; y fué tan evidente el mal, que el mismo rey lo hubo de conocer. Mas por desgracia era tarde. Una calentura lenta minaba su existencia, y víctima de ella murió deplorando amargamente el no poder remediar los males causados por su negligencia y fatal gobernacion.

(Nota del Traductor.)

CAPITULO CUARTO.

Felipe IV.

Los tres favoritos contemporáneos.—El conde-duque de Olivares, primer ministro de Felipe IV.—Su política.—Tratado desventajoso respecto á la Valtelina.—Prosecucion de las hostilidades contra la Holanda.—Conducta inconveniente de Buckingham.—Doblez de Richelieu.—Rompimiento de España con Francia é Inglaterra.—Rivalidad de la casa de Borbon con la de Austria.—Armisticio.—Negociacion secreta entre la Francia, la Suecia y los protestantes de Alemania.—Lucha de la Francia con el Austria, protectora del catolicismo en Alemania.—Los imperiales invaden la Champaña y la Picardía, y los españoles el mediodia de Francia.—Reveses de los españoles.—Descontento causado por la administracion despótica de Olivares.—Insurreccion de Cataluña.—Levantamiento de los portugueses.—Recobran su independencia, y proclaman rey al duque de Braganza.—Richelieu se alia con los portugueses.—Intrigas de Olivares frustradas por Richelieu.—Desgracia de Olivares.—Le sucede don Luis de Haro.—Su conducta.—Batalla de Roeroy.—Estado crítico de España.—Revolucion de Nápoles.—Massaniello.—El duque de Guisa.—Paz de Munster ó de Westfalia.—Matrimonio de Felipe IV con María Ana de Austria.—Continuacion de las hostilidades entre Francia y España.—Batalla de Lens.—Intrigas en la corte de Francia.—El cardenal Mazarino.—El principe de Condé pasa al servicio de Felipe IV.—Oliverio Cromwel, protector de Inglaterra, se alia á la Francia contra España.—El Portugal asegura con nuevos triunfos su independencia.—Paz de los Pirineos concluida entre Mazarino y don Luis de Haro.—Consecuencias de ella.—Renuncia á la corona de España Maria Teresa, esposa de Luis XIV.—Palabras de Felipe IV con este motivo.—Muerte de don Luis de Haro.—Espedicion infructuosa de los españoles á Portugal.—Pesar de Felipe IV.—Su

muerte.—Carácter y gustos de este príncipe.—Estadística de las vastas posesiones de España.—Comparación de las riquezas del clero español con el de Inglaterra.—Elementos constitutivos del gobierno español á la muerte de Felipe IV.

Tres ministros gobernaban en esta época, en nombre de sus débiles monarcas, á tres de las mas grandes monarquías de Europa. Olivares en España, Jorge Williers, duque de Buckingham en Inglaterra, y Armando del Plessis-Richelieu en Francia. Este último, el mas capaz de ellos, fué el único que convirtió en provecho de la corona su ambición personal; pero mas adelante el trono pagó bien cara la estension desproporcionada dada á su prerrogativa por el cardenal Richelieu, á espensas de las demas prerrogativas nacionales (1).

Don Gaspar de Guzman, conde-duque de Olivares, caballero de ilustre nacimiento (2), de una reputación justamente merecida por sus triunfos en la universidad de Salamanca, de maneras elegantes y de costumbres sencillas, no necesitó gran trabajo para tomar ascendiente sobre Felipe IV. Esterey, á la edad de diez y seis años, reunia ya á la dulzura y debi-

(1) «Este sistema, seguido hacia largo tiempo, estableció una guerra real entre el poder y los vasallos: al principio entre el trono y la nobleza, y despues entre el pueblo y el rey. La primera, terminada casi por Richelieu, acabó en tiempo de Luis XIV entre las fiestas y placeres de la córte. La segunda ha acabado sobre la plaza de Luis XV, y la Europa sabe cómo.» (Lamennais, part. II, p. 49.)

(2) Esta casa descendia de Alfonso Perez de Guzman, famoso capitán español que por el año de 1298 dejó el servicio del príncipe de Marruecos, de cuyos ejércitos era generalísimo; y habiendo pasado á España, fué fundador de la ilustre familia cuyos primogénitos recibieron el título de duques de Medina-Sidonia en 1445 del rey Juan II.

lidad de carácter, que habia heredado de su padre, una grande inclinación hácia los placeres condenados por la severa moral de su predecesor. Olivares, para complacer mejor á su jóven soberano, quizá tambien por vanidad personal, le hizo discernir el título de Grande, y quiso justificarle tratando de atraer las provincias holandesas bajo la obediencia de España, y de establecer la influencia de la casa de Austria sobre toda la Europa, política fácil de inculcar á Felipe IV que, como todos los príncipes de su familia, tenia una ambición sin límites (1). Pero Richelieu, el célebre ministro de Luis XIII, que meditaba por su parte la grandeza de la casa de Francia y su preponderancia en toda Europa, impidió la realización de tan vastos proyectos.

Al ponerlos en ejecución no fué el ministro tan feliz como esperaba, pues se vió obligado á ceder á las amenazadoras instancias de la Francia, ligada con el papa, la república de Venecia y la Saboya, y renunciar á la posesion de la Valtelina. «Bassompierre, dice el presidente Henault, embajador extraordinario en Madrid, concluyó un tratado por el cual los Grisones se comprometian á no turbar la tranquilidad de los católicos de la Valtelina, y los españoles á abandonar sus conquistas en este valle; pero se apresuró á advertir al rey que los españoles solo le observarían mientras no pudiesen romperlo, como en efecto sucedió.» Se comprende tambien la facilidad con que el conde-duque de Olivares se habia prestado á este acomodamiento, por la importancia que debia darle en el momento en que espiraba la tregua de doce años, ajustada en 1609 con la república bátava, pues quizá se le presentaba una ocasión de ilustrar su ministerio, si triunfaba de las

(1) La Roca, *Hist. del duque de Olivares*.

Provincias Unidas que habian burlado los esfuerzos de Felipe II y Felipe III.

El marqués de Espinola, comandante general de las fuerzas españolas en Flandes, abrió gloriosamente la campaña con la toma de Leyda, pero fracasó delante de Berg-op-Zoom, cuyo sitio le obligó á levantar el príncipe Mauricio de Nassau, su rival de gloria. Aquí debemos hacer justicia al conde-duque de Olivares, que, reconociendo el mérito sobresaliente de Espinola, le conservó el mando á despecho de los enemigos del general, que querian aprovecharse del revés sufrido para hacerle perder la gracia del rey. Sin embargo, Olivares estaba envidioso de Espinola, porque segun la costumbre de los ministros de esta época, queria dirigir desde el fondo de su gabinete las operaciones de guerras lejanas. Así, poco despues escribió al marqués que tomase á Breda, y correspondiendo éste dignamente á lo que se esperaba de él, se apoderó de la ciudad en 1625, despues de haber superado mil dificultades (1) y hecho que se malograra una tentativa sobre Amberes del príncipe Mauricio de Nassau, que murió este mismo año. Este triunfo sirvió para reprimir una insurreccion que se fraguaba en las provincias belgas. Despues de la muerte del archiduque Alberto no querian estos estados reconocer la autoridad de su viuda, la infanta Isabel Clara Eugenia, de quien no habia aquel teni-

(1) Esta empresa, que como imposible se prescribió á Espinola para desconceptuarle, fué uno de sus mas gloriosos timbres. «Tomad á Breda,» le envió tan solo á decir el ministro en un despacho, y venciendo todos los obstáculos contestó Espinola al poco tiempo con la misma brevedad: «Ondeá ya en Breda el pabellon español.»

(Nota del Traductor.)

do hijos, y esta princesa fué sostenida como gobernadora de los Países Bajos por su sobrino el rey de España.

La paz que unia á las córtes, ó mas bien á los tres ministros de España, Inglaterra y Francia, no debia durar mucho tiempo. Richelieu, que acababa de ser nombrado cardenal y primer ministro de Luis XIII, era muy diestro político para descubrir antes del momento oportuno sus proyectos hostiles al gobierno español. Ocupado en las contiendas religiosas suscitadas en el Oeste de Francia por los príncipes de Rohan, creyó prudente conservar en apariencia su neutralidad, mientras que secretamente era el alma de las intrigas que se tramaban contra Felipe IV. Buckingham fué, sin saberlo, su instrumento.

Este ministro, tan inconsecuente en su vida privada como en la pública, habia pensado primero que seria ventajoso estrechar la alianza de Inglaterra con la Peninsula casando al príncipe de Gales, despues Carlos I, con la infanta Maria Ana, hermana de Felipe. El mismo se habia encargado de esta negociacion, y acompañado á Madrid en 1623 al príncipe Carlos; pero era muy ligero y estaba demasiado ocupado de sus triunfos individuales para dirigir bien un negocio delicado. Olivares, hombre de tanto mundo como Buckingham, creyó adivinar bien pronto la causa de ciertos obsequios que el brillante inglés tributaba á la duquesa de Olivares; le inspiraron sérios recelos, y poco tiempo despues Buckingham volvía á Inglaterra con su jóven príncipe vivamente resentido contra el ministro español, que tambien lo estaba por su parte. Desde entonces el favorito de Jacobo I no cesó de inspirar á este príncipe su animosidad contra la corte de Madrid, echando sobre ella la culpa del rompimiento de la alianza propuesta,

y acabó por triunfar del carácter pacífico de Jacobo, que declaró la guerra á la España (1).

Richelieu trató de sacar partido del descontento del inglés proponiéndole el matrimonio de Henriqueta, hermana de Luis XIII, con el príncipe de Gales. Jacobo I había muerto entre tanto, y Buckingham, raro ejemplo en un favorito, supo conservar sobre el hijo el mismo imperio que había ejercido sobre el padre. El matrimonio del nuevo rey de la Gran-Bretaña se celebró el 11 de mayo de 1625. «El duque de Buckingham, dice el presidente Henault, vino á buscar á Francia á la joven reina de Inglaterra, y en este viaje cometi6 toda clase de locuras, que dieron motivo á su odio contra la Francia y el cardenal.» Pero aunque en este momento tenia interés Richelieu en contemplar á Buckingham, con todo, no quiso entrar abiertamente en la guerra de Inglaterra contra España, y se contentó con hacer votos por su buen resultado. Esta conducta doble respecto á la Península era tanto mas culpable, en cuanto á que Olivares obraba con generosa rectitud: prometió al cardenal socorros para reprimir la insurrección protestante del Oeste, y para el bloqueo de la Rochela le envió cuarenta naves. No triunfaron los ingleses en el ataque que intentaron contra Cádiz, pero, aunque con poca actividad, continuaron las hostilidades. Por otra parte, la corte de Madrid, despues de haber hecho una nueva tentativa sobre la Valtelina, consintió en firmar en 1626 el tratado de Monzon, que le aseguraba momentáneamente la paz por el lado de Italia y le permitia dirigir todas sus fuerzas contra la Holanda, que era el cáncer devorador de la monarquía española. Sin embargo, no se emprendió des-

(1) Rapin de Thoiras, *Hist. de Inglaterra*, y otros.

de luego la guerra con mas ardor en los Países Bajos, porque habiéndose hecho temible sobre el mar, escogió este elemento para continuar la lucha con su antigua metrópoli. David Hein, que desde hijo de un simple pescador había llegado al grado de vice-almirante, recibió orden de los Estados generales de Holanda para ir á atacar la flota de galeones que trasportaban á España las riquezas del Perú; un combate terrible se trabó en las aguas de la Habana, y el holandés victorioso llevó á sus compatriotas un botin de mas de veinte millones. Esta pérdida produjo gran consternacion en España, y descontento entre las tropas de los Países Bajos, cuyos sueldos no se podían pagar ya. El príncipe Enrique de Nassau, que había sucedido á su hermano Mauricio en el cargo supremo de stathouder, se aprovechó de estas circunstancias para sitiar á Bois-le-duc, donde el célebre vizconde de Turenna, su pariente, hizo la primer campaña, y despues de cinco meses de sitio se vió la plaza obligada á capitular. Los españoles tomaron la rebancha frustrando una empresa del stathouder sobre Dunkerque. En Alemania é Italia las armas de Felipe IV, aliadas á las del emperador, obtenían señaladas ventajas sobre la liga protestante, y entraban triunfantes en Mantua.

Estos triunfos debían ser de corta duracion. Una vez dueño el cardenal de Richelieu, de la Rochela, que le abría sus puertas, el 28 de octubre de 1628, y no teniendo ya enemigos en el interior de Francia, se declaró abiertamente contra los que su política consideraba como tales en el exterior. Nunca faltan pretextos para un rompimiento, y cuando el cardenal halló uno dió libre curso á su odio contra la casa de Austria española y alemana. La Francia se hizo protectora de Carlos de Gonzaga, duque de Nevers, he-

redero del último duque de Mantua, quien tenia que defender sus derechos sobre este principado contra el rey de España, el emperador y el duque de Saboya, que querian repartirselo. Felipe IV encargó á Espinola que fuese á sostener sus pretensiones; este general tomó al instante la ofensiva y sitió á Casal, capital del Monferrado. Al saber esto el cardenal de Richelieu, para asegurar mas su crédito con Luis XIII y arrancarle á la influencia de su madre, le decidió á acudir en persona al socorro del duque de Mantua. El 6 de marzo de 1629 el rey de Francia, teniendo á sus órdenes á los mariscales de Crequi y de Bassompierre, forzó los tres atrincheramientos del Paso de Suza, obligó á los españoles á levantar el sitio de esta ciudad, y al duque de Saboya á pedir la paz. Pero apenas volvió á Francia Luis XIII, cuando cayendo Espinola sobre la ciudad de Casal, la recobró al punto, y solo se detuvo ante la ciudadela, á la que se habia retirado el mariscal de Saint-Bonnet de Toiras; habriase con todo apoderado de ella, sino le hubiese sorprendido la muerte el 23 de setiembre de 1630. Los triunfos de los imperiales sobre los Grisonos, y la malograda empresa del duque de Saboya, obligaron al rey de Francia á repasar los Alpes. Entonces el duque imploró de nuevo la paz, por mediacion de Julio Mazarino, que á la sazón se hallaba á su servicio. La respuesta de Luis XIII fué mandar ocupar á sus tropas la Saboya, asolada ya por los mismos aliados de Carlos Manuel, lo que llenó de sentimiento á este principe y le condujo al sepulcro. Sin embargo, como los imperiales acababan de tomar y saquear la ciudad de Mantua, Mazarino se aprovechó de ello para negociar una suspension de armas entre los franceses y los españoles; y el 13 de octubre Luis XIII y el emperador, concluyeron en Ratisbona un tratado por el que se mantenía

definitivamente en posesion de su ducado al duque de Mantua.

Pero Richelieu, cuyas miras políticas no se hallaban satisfechas, destruía por medios ocultos sus negociaciones aparentes. El 23 de enero de 1631 ajustó un tratado con el célebre Gustavo Adolfo, rey de Suecia, por el que la Francia se comprometia á pagar á este principe 1.250,000 libras, suma enorme en aquella época, y éste se obligaba á llevar la guerra al seno de Alemania. El valeroso rey escandinavo se habia hecho gefe de la liga protestante del Norte, y él solo podia luchar contra Walstein, Tilly y Pappenheim, los mas firmes campeones de la casa de Austria y del catolicismo en Alemania. Gustavo Adolfo justificó la confianza del ministro francés con una serie de triunfos, cuyo término glorioso fué la batalla de Lutzen, dada el 16 de noviembre de 1632, y ganada, puede decirse, por la sombra del conquistador sueco, porque fué muerto al principio de la accion, á la edad de treinta y ocho años. La muerte del gran Gustavo, aunque reanimó las esperanzas de la casa de Austria, no rompió la liga de las potencias contra ella; antes bien, se formó una nueva entre la Suecia, la Inglaterra, la Holanda y los principes protestantes de Alemania. Richelieu, ocupado entonces en combatir á sus enemigos personales, continuó formando parte de ella, pero de manera que no le proporcionase un rompimiento con la casa de Austria (1).

Con esta mira y bajo el pretesto de enviaren nombre del rey de Francia á manifestar su sentimiento á la reina de Suecia por la muerte de Gustavo Adolfo (2), encargó el cardenal el 23 de diciembre de es-

(1) Presidente Henault y otros.

(2) Lo que puede dar una idea de la opinion que los con-

te año á Jacobo du Hamel, embajador extraordinario en Stokolmo (1), que se entendiase con el canciller sueco Oxenstiern, y conferenciara á su paso por Alemania con el land-grave de Hesse-Cassel, el duque de Sajonia-Weimar y los demas principes protestantes de Alemania, á fin de empeñarles á defender sus libertades contra la ambicion de la casa de Austria, que queria sustituir el sistema centralizador y absoluto á la antigua constitucion federativa de Alemania (2). Asi por una anomalia, frecuente en los hombres políticos, se vió á Richelieu erigirse en protector de las libertades y franquicias de la Germania, al mismo tiempo que trataba de establecer en Francia los principios que combatia al otro lado del Rhin.

Pero los acontecimientos obligaron al cardenal á descubrir sus intenciones. En 1633 confiál marqués de Feuquieres la mision de concluir públicamente un

temporáneo de Richelieu tenian de él es saber, que se le acusó entonces de haberse servido, por una doble maquinacion, de la mano de un asesino apostado por él en las filas del ejército sueco para desembarazarse del gran Gustavo, su aliado.

(1) Este mismo Jacobo Du-Hamel defendió contra los imperiales en 1642 la ciudad y castillo de Saint Dizier, de la que era gobernador, y obligó á los sitiadores á alejarse de esta plaza, llavé de la Lorena. Otros servicios importantes le valieron grandes recompensas del rey Luis XIII, entre otras la concesion de la divisa: *á toda hora*, que su familia lleva desde entonces. Su retrato ha sido colocado en la galeria de hombres ilustres del museo de Versailles. (*Gaceta de Francia.—Hist. y Mem. del tiempo de Luis XIII. Geneal. imp. de la casa de Ham l.*)

(2) Negoc. del marqués de Feuquieres.—Mem. é instr. diplomáticas de Jacobo Du-Hamel en los archivos de su familia.

tratado de alianza con la Suecia y la Alemania protestantes. El elector de Tréveris (1), que habia tomado partido contra la casa de Austria, vió invadidos sus estados por los ejércitos coligados del rey de España y del emperador; y conducido prisionero á Bruselas por los generales de Felipe, tuvo que recurrir á la Francia, la que le prometió su apoyo. El gabinete de Madrid no hizo caso de las reclamaciones de Richelieu, y en consecuencia se declaró la guerra entre ambas naciones. Sosteniendo de esta suerte Felipe IV los intereses de su primo de Austria en Alemania, esperaba que á su vez le ayudaria éste á sujetar á su obediencia las Provincias Unidas, por lo que el gobierno español insistió en la guerra que tan fatal habia sido á su pais. La suerte de las armas fué favorable al principio á la España: sus ejércitos, reforzados con un cuerpo de alemanes, de húngaros y de croatas, á las órdenes del famoso Juan de Wert (2), invadieron la Champaña y la Picardía, y apoderándose de las avenidas del Somma, sorprendieron la ciudad de Corbia el 15 de agosto de 1636. «Este golpe dice el presidente Henault, introdujo el terror en París. Se formó entonces un cuerpo de veinte mil hombres, de los cuales la mayor parte eran lacayos ó aprendices, que sus amos se habian visto obligados á despedir en virtud del de-

(1) Neg. impr. de Manasses de Pas, marqués de Feuquieres, uno de los mejores capitanes y mas hábiles diplomáticos del siglo XVII.

(2) Juan, baron de Wert, gefe de partidarios del siglo XVII, tomó su nombre de la ciudad de Wert, en el Brabante, donde habia nacido. Sirvió con distincion al duque de Lorena y al emperador de Austria. El terror que su invasion causó en toda la Francia, y su prision de cuatro años en este pais, hicieron famoso su nombre en las tradiciones populares.

creto del consejo de 13 de agosto. Los parisienses, que creían ver ya á sus puertas á Juan de Wert, aprontaron grandes cantidades:» El 10 de noviembre volvieron á entrar en Corbia Luis XIII y su ministro, mientras que el mariscal de Rantzau, el cardenal de Lavalette y el duque de Weimar espulsaron á los ejércitos austriacos del territorio francés.

En el Mediodía, el almirante de Castilla invadía el territorio francés; habia pegado fuego á San Juan de Luz y amenazaba la Gascuña y el Languedoc. Otro ejército español obtenia tambien gloriosas ventajas en el Piamonte, en Lombardia, y obligaba á los franceses á replegarse hácia sus fronteras. Los hombres mas enérgicos no están exentos de un momento de debilidad, y al recibir Richelieu la noticia de tantos desastres se apoderó de él un desaliento, que sus enemigos supieron aprovechar. Pensó el cardenal retirarse de la direccion de los negocios, y habria cometido esta locura, dice Siri, á no ser por el P. José, que le inspiró confianza, y fué muy bien secundado por el superintendente de Bullion. Por instigacion de estos no abandonó Richelieu el timon del estado, para desgracia de su rival Olivares y del poder español. El año siguiente, apelando á los sentimientos nacionales de la Francia, halló medio de levantar y poner bajo pie de guerra seis ejércitos; y tomando al instante la ofensiva en el Norte, se apoderaron sus generales de Landrey, de Dunkerque, de Courtray, de Arrás y de todo el Artois. Las tropas del Mediodía á las órdenes de Enrique II de Borbon, principe de Condé, penetraron en Navarra, y en la primavera de 1638 tomaron por asalto á Irun, se apoderaron del castillo de Figueras, del puerto de Pasages y de una escuadra de doce buques. El ministro español comenzaba á volver en sí de sus engañosas ilusiones, con tanta ó mas razon, en cuanto que las campañas si-

guientes, sin ser provechosas á los enemigos de la España, no fueron tampoco favorables á esta. El 16 de setiembre de 1639 sufrieron los españoles un golpe terrible en el mar. El almirante holandés, Tromp, osó atacar en las aguas de la Coruña á la flota de Felipe IV, compuesta de setenta navés, montadas por veinte mil hombres, y despues de haber apresado dos galeones cargados de riquezas, se retiró hácia el Norte, á fin de atraer tras sí á sus adversarios, como sucedió en efecto. Habiéndose trabado de nuevo el combate el 18 de octubre, cerca de las costas de Inglaterra, Tromp obtuvo una victoria decisiva llamada de las Dunas, en la que destruyó la flota española y fué muerto su almirante Oquendo.

La Peninsula perdía enteramente las esperanzas que el primer ministro la habia hecho concebir, y deseando el fin de una guerra, en la que no veia ventaja alguna, no ocultaba su descontento. Olivares siguió sus inclinaciones arbitrarias, á las que le habia acostumbrado el ejercicio del poder, y despreció las quejas del pueblo. Sus tendencias al absolutismo le habian impulsado con frecuencia á infringir los privilegios de las provincias, y su ceguedad le hacia desconocer los sentimientos de los españoles, quienes, despues de Dios y de sus gloriosos recuerdos nacionales, nada tenían mas caro que sus fueros, aunque en extremo disminuidos desde el advenimiento de la casa de Austria. La administracion imperiosa del conde-duque indignaba á todas las clases, y por do quiera se sentian sintomas de conmocion contra las onerosas é ilegales contribuciones que el ministro imponia por simples decretos. La Cataluña salió á la defensa de la constitucion amenazada. Esta provincia habia sufrido mas que las otras con la política del gobierno; y sin embargo, por una de esas estrañas anomalías

que presenta algunas veces la historia, veremos mas tarde apoyarse en ella y sus fueros, atacados entonces por Felipe IV, á los principes alemanes de su casa para disputar la sucesion á Felipe V de Borbon; tan cierto es el principio de que solo es posible apoyarse en lo que resiste.

Pero en 1640 no comprendia la córte de Madrid este axioma político, ni tenia la prevision de apreciar y considerar á un pueblo amante de su independencia. Por el contrario, solo queria hallar vasallos ciegamente sometidos á su voluntad, y aun se puede decir á las exacciones que le forzaban á emplear circunstancias desgraciadas, producidas por una loca ambicion y por una política errónea. Olivares para hacer frente al principe de Condé, que amenazaba las fronteras de Cataluña, habia enviado á ella diez y ocho mil hombres; pero muy pronto los recursos de esta provincia no bastaron á sostener semejante ejército. Entonces, conculcando los privilegios de los catalanes, les ordenó el ministro que alojasen en sus casas á los soldados y les suministrasen todo lo necesario. Los pueblos se quejaron al rey de esta infraccion, no fueron escuchados. Como si el poder ejecutivo quisiese llevar al extremo la exasperacion de los catalanes, el conde de Santa Coloma, virey de la provincia, dispuso de una cantidad de dinero perteneciente á la ciudad de Barcelona, é hizo poner preso á uno de los miembros del ayuntamiento, que se habia opuesto á este acto ilegal. Esta fué la señal de la insurreccion. Nobles y plebeyos, secundados por las gentes del campo, se armaron espontáneamente para libertar al defensor de sus fueros; en seguida la multitud penetró á viva fuerza en el palacio del virey, que entregó á las llamas, y asesinó á Santa Coloma y sus principales oficiales. La provincia entera secundó el movimiento de la capital, y se erigió en

república independiente. El imperioso Olivares dió órden al marqués de los Velez para reprimir la insurreccion con las fuerzas que se hallaban inmediatas al teatro de ella. Este caudillo redujo á la autoridad real una parte de las poblaciones, pero cuando llegó á Barcelona se vió obligado á emprender un sitio formal. Dado tres veces el asalto, tuvo que retroceder otras tantas con pérdidas tan considerables que, viéndose al fin entre la ciudad y todo el pais que le era enemigo, creyó prudente retirarse. El conde duque, poco conciliador por sistema, quiso hacer un egemplar propio para imponer á los demas estados de España. Con la mira de aumentar sus fuerzas militares, retiró mucha parte de las guarniciones de Portugal, y ordenó á los nobles de este reino marchar á la cabeza de sus vasallos.

Pero semejante medida tuvo funestas consecuencias para la autoridad de Felipe IV en Portugal. Siempre habia visto con gran disgusto este reino la pérdida de su posición monárquica é independiente: la administracion despótica de la córte de Madrid no era tampoco á propósito para grangearle el afecto de las poblaciones. El vireinato de Lisboa se habia confiado á Margarita de Saboya, duquesa de Mantua; pero en realidad ejercia el poder Miguel de Vasconcellos, que, aunque portugués, se habia hecho instrumento de la voluntad del duque de Olivares. Orgullosa é inflexible como su protector, habia ofendido con su arrogancia á todas las clases de la sociedad, y provocado su exasperacion por las contribuciones que continuamente le imponia en nombre del rey de España. Los portugueses solo aspiraban, por lo tanto, á hallar los medios de sacudir el yugo estrangero; pero necesitaban una ocasion favorable y un gefe. La revolucion de Cataluña vino á colmar sus votos, y para gefe se improvisó uno que solo lo era en el nombre: Juan de

Braganza, nieto del que en 1584 habia transigido sus derechos con Felipe II. Juan, aunque era hijo del duque Teodoro, que tanto deseó obtener el trono de Portugal, no habia heredado la misma ambicion, y preferia á él su tranquilo retiro de Villaviciosa, donde se entregaba á placeres sencillos é inofensivos que no podian escitar sospechas. Sin embargo, cómo este príncipe era muy amado de sus compatriotas, la corte de Madrid pensaba en confiarle un puesto importante lejos de su país, cuando estalló la revolucion de Cataluña. Felipe IV mandó llamar entonces al duque Juan, bajo el plausible pretexto de darle el mando de las tropas de Portugal que habia ordenado viniesen á España. Disponiase éste á obedecer cuando su muger, Luisa de Guzman, hermana del duque de Medina-Sidonia y parienta cercana de Olivares, le rogó que desistiese su partida á España donde le dijo se preparaba alguna trama contra él. Esta muger de gran energia, olvidaba su origen castellano para hacerse portuguesa por simpatia y por ambicion.

Al mismo tiempo, su mayordomo Pinto de Ribeiro, sin esperar la autorizacion del indolente Juan de Braganza, se encargó de consultar el espíritu público, y á fuerza de actividad y de destreza consiguió reunir una asamblea compuesta de los individuos mas notables de cada clase, bajo la presidencia de Rodrigo de Acuña, obispo de Lisboa. Esplotando entonces los intereses y las simpatias de todos, hizoles comprender que era un insulto para la nobleza portuguesa hallarse escluida de los empleos; para el clero, ver pasar sus dignidades y sus rentas á manos extranjeras, y que la política que favorecia exclusivamente á las colonias españolas era ruinoso para el comercio portugués. Añadió que el puerto de Lisboa habia sido subyugado enteramente al de Cádiz, que

monopolizaba los negocios y las riquezas de las Indias, y en fin, que era penoso para la nacion estar agobiada con cargas é impuestos de todas clases en beneficio de un gobierno extranjero. Estas palabras produjeron el efecto deseado. El mayordomo del duque de Braganza se aprovechó de él para recordar los derechos imprescriptibles de su señor, y para representarle como el único capaz de llenar los votos del Portugal y devolver á este reino su antiguo esplendor é independencia. La asamblea aplaudió este discurso y envió diputados al duque con el encargo de participarle la revolucion adoptada. Este, aunque lisongeado por la eleccion, solo dió al principio una respuesta evasiva, por la que recomendaba subordinar sus proyectos á lo que aconsejaba la prudencia. Los conjurados quedaron mas contentos de las disposiciones de la duquesa. Entre tanto llegó una orden de Madrid que no permitia al duque de Braganza dilatar su partida, y Luisa de Guzman, poniendo en juego toda su destreza, demostró á su marido que no debia tardar mas en acceder á los deseos de los portugueses, y decidió por fin á Juan á recobrar un trono que, segun ella, no deberian jamás haber abandonado sus abuelos. Al instante hizo saber á sus partidarios el consentimiento del duque, y encargó á sus agentes secretos estender por todas partes la noticia de que Olivares solo habia mandado levantar tropas en Portugal para deshacerse así de un solo golpe de la juventud lusitana, lo cual causó la mas profunda impresion en Lisboa.

Por fin, parecia haber llegado el momento favorable á los conjurados. Ni aun quisieron dejar tiempo á Vasconcellos para adoptar precauciones, y á las diez de la mañana del día siguiente, 1.º de diciembre de 1640, un pistoletazo dió la señal de la insurreccion. En aquellos momentos, mientras que una

partida dirigida por Miguel de Almeida atacaba y dispersaba á la guardia alemana, otra á las órdenes de Pinto de Ribeiro, penetró en palacio. Solo las aclamaciones al duque de Braganza descubrieron á la vireina y á Vasconcellos la existencia y objeto de la conspiración, pues todos los conjurados habian guardado el secreto á pesar de su gran número, como que ninguno obraba por miras personales. La guardia española en vano trató de hacer resistencia; Pinto y su gente se hicieron dueños de palacio antes de que Vasconcellos hubiese hallado medio de huir, y Rodrigo de Saa, que le descubrió en un gabinete, le mató de un pistoletazo, siendo su cuerpo destrozado por el populacho. La vireina, á quien habian hecho prisionera, se vió obligada á entregar á los conjurados la orden para que las tropas españolas evacuasen la ciudadela, lo que ejecutaron al instante. Pocos dias bastaron á la nacion portuguesa para completar su emancipacion, conocida en la historia bajo el nombre de *Aclamacion*. El duque de Braganza fué conducido en triunfo á la capital, y proclamado rey solemnemente, bajo el título de Juan IV (1).

Esta sublevacion consternó á la corte de Madrid. Dominando Olivares su vivo pesar creyó deber ocultar por el pronto á Felipe IV su siniestros temores, por miedo de incurrir en su desgracia, y se llegó á él con aire aparentemente tranquilo. «Señor, le dijo, tengo una buena noticia que comunicar á V. M. El duque de Braganza ha perdido la cabeza, y se ha dejado nombrar rey de Portugal. Su loca conducta producirá á V. M. doce millones.—Id á poner orden,» respondió lacónicamente el monarca. Sin embargo, desesperando Olivares de hacer entrar por fuerza á Portugal en la obediencia, intentó inútilmente obte-

(1) Abate de Vertot; *Revol. de Portugal*.

ner este resultado por medio de secretas intrigas. No tardó en saber que las colonias portuguesas, á escepcion de Ceuta, se habian asociado al movimiento de la madre patria, y entonces aplazó para mas adelante sus proyectos, que no debia de realizar jamás. En este momento llamaban su atencion muchos negocios interiores, pues la Andalucía no estaba tranquila, y los catalanes persistian mas abiertamente que nunca en su rebelion.

No sintiéndose estos últimos bastante fuertes para resistir por sí solos á Felipe IV, abandonaron el proyecto de constituirse en república, y aceptando las proposiciones del cardenal de Richelieu, firmaron el 2 de setiembre de 1641 un acta por la que reconocian al rey de Francia como conde de Barcelona, pero reservándose sus fueros (1). Olivares sabia que Richelieu, ese enemigo á quien hallaba en todas partes, habia firmado el 4.º de junio de este mismo año un tratado con el nuevo rey de Portugal y los holandeses. Pensó entonces que era preciso hacer uso del prestigio que un rey tiene siempre sobre sus tropas, y que en tales circunstancias Felipe manifestase su suprema voluntad. No sin gran pena se decidió el orgulloso ministro á revelar á su señor la gravedad de los sucesos, y á arrancarle á la vida de molición y placer en que le habia sumergido para reinar mejor en su nombre. Felipe marchó, pues, en persona contra sus vasallos de Cataluña. El parecer de su consejo habia sido que se liciere entrar primero en el deber á las principales ciudades de la provincia, y el rey empezó por Lerida, de la que se apoderó. Dirigióse en seguida sobre Barcelona, cuyo sitio confió á don Juan de Austria, su hijo natural habido de la bella cómica Calderona. Este principe, el úni-

(1) Levasseur, hist. de Luis XIII.

co hijo ilegítimo reconocido por Felipe, justificaba la ternura de sus padres por sus talentos y brillantes cualidades. Sin embargo, triunfó con dificultad de los heroicos esfuerzos de Barcelona. Una vez dueño de esta plaza, consiguió don Juan pacificar el resto de la provincia de la que espulsó á los franceses, aliados de los rebeldes; pero no pudo desalojarlos del Rosellon del cual se habian apoderado. La proximidad de los franceses, impulsó al duque de Olivares menos que era de esperar. Queriendo combatir á Richelieu por medios semejantes á los suyos, habia tratado de suscitarle graves embarazos. Para ello animaba las esperanzas de Gaston de Orleans, hermano de Luis XIII, y de los partidarios de este príncipe, enemigos mortales del cardenal; y el 13 de mayo de 1642 firmó en Madrid, á nombre de Felipe IV, un tratado con Luis de Astarac, señor de Fonttrailles, enviado del duque de Orleans, que tendia á trasformar la Francia y perder á Richelieu. Pero el arresto y proceso del marqués de Cinq-Mars, caballero mayor del rey de Francia, complicado en esta negociacion, destruyó las combinaciones del privado, que quedó sin apoyo para conjurar todas las desgracias que agobiaban á España (1).

La sublevacion de Andalucía acabo de agravar la mala posicion de Olivares. Abrumada esta provincia como las demas de España por la funesta administracion del conde duque, se dejó llevar por las insinuaciones capciosas de su gobernador don Gaspar Alonso de Guzmán, duque de Medina Sidonia, quien seducido por el ejemplo de su cuñado, el nuevo rey de Portugal, queria segregar á la Andalucía de la monarquia española, y hacerse su soberano.

(1) Presid. Henault.—Mem. de Fonttrailles.—Conde de Saint Aulaire, Hist. de la Fronde.

Informado Olivares de los culpables proyectos de su pariente, le separó del mando, y empleó las tropas estacionadas sobre las fronteras de Portugal para sofocar este nuevo germen de rebelion. Alligido Felipe por la triste situacion de su reino, echó la responsabilidad de ella sobre su favorito: y al saber la revolucion de Andalucía le dijo con acritud: «Vuestra familia es la causa de todas las desgracias del estado.» Apesar de esto, aun vacilaba en romper con su ministro, y sustraerse al ascendiente de aquel hombre que le habia llegado á dominar; pero los numerosos enemigos del ministro, aumentados considerablemente, redoblaron sus instancias con el rey, y le hicieron ver que la indignacion general se manifestaba por todas partes contra el duque de Olivares. En fin, para obtener la retirada del favorito, se valieron de la influencia de la rama imperial de la casa de Austria, y esta táctica produjo buenos resultados: Despues de veinte y dos años de ministerio, fué desterrado el conde-duque á sus estados en enero de 1643, seis semanas despues de la muerte del cardenal Richelieu. «Es decir, como observa juiciosamente Henault, en el momento en que, no teniendo ya rival, hubiera podido restablecer los negocios de España. Esta fué, añade el mismo historiador, una gran falta de Felipe IV, quien habria vuelto á llamar al duque de Olivares, si este último no se hubiese precipitado; porque al intentar justificarse por medio de un escrito que publicó, ofendió á muchas personas poderosas, cuyo resentimiento fué tan grande, que el rey juzgó á propósito alejarle aun mas confinándole á Toro, donde poco despues murió de pesar (1).»

Felipe IV, que desde su juventud se habia des-

(1) Presid. Henault.—Bat. Nani.